vinetur

Matías Aldaz o la memoria como forma de resistencia en un territorio vacío

Una novela sobre la memoria, el duelo y lo que desaparece. En un pueblo vacío, Matías Aldaz explora la persistencia de lo perdido con una prosa contenida y precisa.

martes 23 de junio de 2026

ESCRITO POR LAIA ACEBES


EGIÃO URBANA

En Algo que nadie hizo, Matías Aldaz se adentra en un territorio literario donde el paisaje no es decorado sino resto, huella, resistencia. Un pueblo deshabitado, casi borrado de cualquier cartografía reconocible, sirve de escenario a una historia que rehúye el acontecimiento para instalarse en sus consecuencias. Allí, un hombre decide quedarse cuando ya nadie permanece, y en ese gesto mínimo se abre una forma de obstinación: la de quien no acepta del todo que las cosas hayan terminado.

La vida del protagonista transcurre en los márgenes de lo que fue una comunidad. Una casa rodante, árboles que planta como si la tierra pudiera aún responder a un orden secreto, y una escucha sostenida de aquello que persiste cuando todo parece haber cedido. No hay reconstrucción posible, sino una deriva por fragmentos: recuerdos familiares que emergen sin jerarquía, imágenes domésticas que sobreviven como restos de una filmación deteriorada, voces que no terminan de fijarse en el presente.

Aldaz construye esa deriva con una prosa de aparente contención, aunque en su interior late una tensión constante. Cada frase parece contener más de lo que dice, como si el lenguaje estuviera obligado a trabajar contra su propia insuficiencia. **El resultado es una novela que avanza por capas, no por desarrollo lineal, donde la memoria no organiza el relato sino que lo interrumpe.**



Algo que nadie hizo

Matías Aldaz

Elegí este lugar, ni siquiera loteado, de puro yuyo, que lo único que tiene enfrente es una callecita de tierra revuelta y toscas que termina en el río, porque quería despejarme. Despejarme y que la vida pasara sin sobresaltos, atravesar lo oscuro sin susto, como decíamos en el pueblo. Hacer los trabajos que me dieran para vivir y listo. Y creo que elegí bien, porque al final, abandonar algo es llevarlo para siempre.

las afueras

El duelo que atraviesa el libro no se formula como pérdida puntual sino como estado extendido. Un modo de habitar el mundo después de su retirada. Las casas vacías, los objetos abandonados, los espacios abiertos al polvo funcionan como una gramática silenciosa que el protagonista intenta descifrar sin llegar nunca a una lectura definitiva. La novela no ofrece claves, apenas desplazamientos.

Uno de los elementos más sugerentes de la obra es el tratamiento de la lengua. **El español convive con el guaraní, el portugués y otras resonancias que irrumpen sin traducción estable**. Esa convivencia no busca exotismo ni subrayado identitario, sino que introduce una inestabilidad fértil, una forma de recordar que toda lengua es también un territorio en disputa, una materia en transformación constante.

En ese entramado verbal, lo espectral aparece sin necesidad de artificio. No como aparición sobrenatural, sino como persistencia de lo que ya no está en condiciones de ser plenamente presente. Las voces que atraviesan la novela no piden explicación ni orden, simplemente continúan. Y en esa continuidad mínima se sostiene buena parte de la fuerza del libro.

Algo que nadie hizo rehúye cualquier forma de cierre. No hay desenlace que ordene lo disperso ni conclusión que pacifique lo narrado. Lo que queda es una insistencia: la de mirar lo que se ha ido sin intentar devolverlo a un lugar estable. En esa insistencia, la literatura encuentra aquí su forma más exigente, la de sostener lo que no termina de desaparecer.